Nueve hebras de oro
Andre Norton



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El camino que discurría por la parte alta del acantilado había sido siempre la calzada secundaria de acceso al feudo. La erosión había reducido la senda a un angosto trazo bordeado con un encaje de hielo producto de las salpicaduras de las olas empujadas por la tormenta.

La tarde estaba mediada, pero no había sol, y el gris plomizo del cielo se confundía en un todo con el quebrado suelo rocoso. La caminante se inclinaba bajo el azote de un viento helado y hundía la punta del bastón en las grietas del terreno como si ello le diese fuerza para resistir la embestida de las ráfagas más violentas.

La viajera hizo un alto para mirar tierra adentro y contempló fijamente un gran pilar rocoso, rematado por un fragmento dentado que señalaba al cielo como una garra rota. Entonces el bastón se giró hacia arriba y, durante un instante, hubo un tenue resplandor azulado en torno a la columna rocosa, que se desvaneció en un visto y no visto como si la siguiente ráfaga de aire hubiese apagado una vela.

El sendero giró bruscamente, alejándose del mar. Aquí el suelo era más uniforme y el camino más ancho, como si la tierra firme lo hubiese preservado mejor de lo que lo hacían los acantilados batidos por las olas. Durante un tramo seguía el borde de un valle, angosto como una punta de flecha en el extremo encarado al mar, que se ensanchaba progresivamente a medida que se internaba tierra adentro. El curso de agua que dividía el valle en dos partes iguales corría hacia el mar, pero se estrechaba de improviso en un punto donde se alzaba un torreón con ventanas angostas, y conectado a un segundo edificio por un puente bajo el cual discurría la corriente.

En contraste con la roca gris de los acantilados, los bloques de piedra que formaban las paredes de las dos estructuras tenían el color verde opaco de la capa de musgo que había permanecido inalterable durante el transcurso de muchos años.

La viajera hizo un alto al inicio de una empinada escalera que descendía desde el sendero del acantilado, e inspeccionó el panorama que se abría a sus pies. No había signos de vida. Las oscuras aspilleras de la torre semejaban ojos negros y ciegos. Los campos que se extendían más allá estaban sin cultivar y cuajados de hierbajos resistentes.

Vaya, vaya. -La caminante contempló pensativa la escena. En su mente se sucedía una imagen tras otra, y cada una encajaba con la anterior. El paisaje desplegado ante sus ojos estaba cubierto por el velo de otra estación, otro tiempo. Y había vida, presente bajo muchas y diversas formas.

Se cerró el cuello de la capa un poco más e inició el descenso de la escalera con precaución, cuidando dónde pisaba. Finalmente, como habla amenazado a lo largo del día, empezó a caer una fina llovizna que mojó los estrechos peldaños e hizo peligroso el descenso.

No obstante, la mujer no volvió a detenerse hasta llegar a lo que antaño había sido un camino más ancho y transitado, que se dirigía al interior, alejándose de la costa. A pesar de la lluvia hizo otro alto y observó detenidamente el edificio. Levantó el bastón unos centímetros y lo balanceó atrás y adelante. No, no se había equivocado al interpretar la llamada. Pero un aviso a tiempo era tan eficaz como podía serlo una armadura... en ocasiones.

Tanto tiempo... Las estaciones se sucedieron veloces en su mente, sin detenerse en ningún recuerdo en particular.

La calzada se había construido bien largo tiempo atrás, pero ahora el pavimento se encontraba en muy malas condiciones a causa del empuje de los arbustos, cuyas gruesas ramas estaban grises y sin hojas en esta época del año. Con todo, aún se extendía en línea recta hasta un arco que remataba el extremo más próximo del puente tendido entre los dos edificios. Abajo, el torrente borboteaba tumultuoso, pero los pájaros que sobrevolaban los acantilados habían quedado atrás, y no se oía otro sonido que el de la corriente, salvo el esporádico retumbo de un trueno lejano. La mujer entró en el puente, todavía con el bastón un poco levantado y ligeramente apuntado hacia el frente. Si sus sospechas eran fundadas, había algo contra lo que tenía que estar preparada.

Por fin llegó al pasaje abovedado que conducía al patio del edificio más grande. De repente, el bastón se balanceó hacia adelante, a la altura de sus rodillas.

Se produjo un estallido azulado, un fugaz chisporroteo a derecha e izquierda, cuando la mujer pisó el patio.

-Aquí no ha entrado la oscuridad. -Pronunció la frase en voz alta, como si fuese un conjuro o una contraseña, al mismo tiempo que retiraba la capucha que le había ocultado el rostro, de manera que dejó a la vista un semblante como el de una estatua erigida en honor a una reina o una diosa largo tiempo olvidada.

Aunque el cabello, recogido prietamente en torno a la cabeza, era plateado, no habla señales de vejez en ella; sólo esa serenidad que llega a poseer quien ha visto mucho, ha pensado mucho, ha conocido la llamada del deber.

-Acercaos. -Su bastón se movió en una leve seña de llamada. Los dos primeros que salieron a descubierto avanzaron con cautela, evidenciando que lo hacían en contra de su voluntad. Uno era un chico, con el huesudo cuerpo cubierto con trozos de pieles mal curtidas, cosidas entre si. Sus manos se cerraban con tanta fuerza alrededor del extremo más estrecho de un garrote, que los nudillos se le marcaban bajo la piel tirante, que parecía a punto de romperse. Pero la chica lo seguía de cerca, y sostenía en las manos una piedra, dentada y lo bastante grande para representar una seria amenaza.

Hubo también movimiento en el muro, a espaldas de la mujer, donde estaba el arco de entrada, si bien la viajera no hizo la menor intención de volverse o mirar por encima del hombro. Otro chico, casi tan delgado como la tensa cuerda del arco que manejaba, y una chica, con una daga empuñada, saltaron desde alguna posición elevada. Un segundo chico, también armado con arco, se les unió. Los tres avanzaron sigilosos hacia la forastera, dando un rodeo, con las armas prestas; en sus semblantes se advertía que no eran ajenos al azote del miedo ni al uso de las armas que manejaban.

Cinco...

-¿Los demás? -instó la viajera en tono interrogante.

Otros asomaron de sus escondrijos como si el hecho de que lo hubiese preguntado los obligara a salir a descubierto. Dos chicos, gemelos, tan parecidos que uno podría ser la sombra del otro; y ambos armados con unas lanzas de madera, cuyas puntas habían sido endurecidas con fuego y frotándolas. Había otra chica, que no estaba armada, pero llevaba a un niño más pequeño a horcajadas sobre su cadera.

Nueve. De entre tantos... Sin embargo, no era lo que había esperado. La viajera observó detenidamente un rostro tras otro. No, no era lo que había esperado. Pero en tiempos de escasez una tejedora debe arreglárselas con lo mejor que tenga a mano.

Fue el mayor de los muchachos, el que había saltado primero del muro, quien plantó cara. Estaba en edad de ser escudero, y llevaba puesta una cota de malla oxidada, demasiado grande para él, y un cinturón con una vaina de espada vacía, con el que se ajustaba la prenda al cuerpo.

-¿Quién sois? -Su demanda era tajante y había vestigios de la antigua lengua culta en la modulación de su voz-. ¿Cómo llegasteis aquí?

-Vino por el sendero de la costa. -La que habló era la chica que había estado escondida con él en lo alto del muro. Su daga seguía desenvainada.

No obstante, fue la otra más joven, la que llevaba al niño, quien dijo, con los ojos prendidos en la viajera:

-¿Es que no lo ves, Hurten? Es una de ellos.

Se habían situado en semicírculo frente a la mujer. Ésta percibía su miedo, sí, pero también algo más: la inquebrantable decisión que los había traído a este refugio antiguo y que los había mantenido con vida en tanto que otros habían muerto. Serían resistentes para el tejido, estos nueve hilos destilados de una tierra destrozada y quebrada.

-Soy una buscadora -respondió la mujer-. Y, si he de responder a un nombre, que sea Lethe.

-Una de ellos -repitió la que hacía de niñera, con tozudez. El chico llamado Hurten se echó a reír.

-Alana, ellos desaparecieron hace mucho. Ves fábulas en todo cuanto te rodea. Lethe... -Vaciló, y después añadió con algo más que un simple indicio de la lengua cortesana-: Señora, aquí no hay nada. -Sin soltar el arco hizo un amplio ademán que abarcaba cuanto había a su alrededor-. No tenemos malas intenciones. Podemos ofreceros un lugar junto al fuego, un poco de comida, un techo para cobijaron de la tormenta... y poco más. Llevamos mucho tiempo viajando.

Lethe levantó la cabeza, de manera que los pliegues de la capucha se deslizaron un poco más hacia atrás.

-Por vuestra amable oferta de techo y hogar, os doy las gracias. Y que la buena voluntad que inspiró ese ofrecimiento os sea devuelta por centuplicado.

Alana había dejado que el niño que llevaba en brazos se bajase al suelo, y ahora, sin darle tiempo a retenerlo entre sus protectores brazos, el pequeño echó a correr hacia Lethe, se agarró a su capa para sostenerse y alzó la vista a su rostro.

-¿Mamá? -Pero al mismo tiempo que preguntaba, su pequeño semblante se crispó y lanzó un chillido-. ¡No... mamá..., no mamá! Alana se agachó para cogerlo de nuevo en sus brazos.

-¿Sois familiares? -le preguntó Lethe en voz queda. La chica asintió con un cabeceo.

-Rober es mi hermano. Él... no lo entiende, señora. íbamos en un

grupo, de peregrinos. Los demonios nos atacaron en un puente. Madre me dijo que saltara y luego me echó a Rober. Nos escondimos entre los juncos. Él..., él no volvió a verla.

-Pero tú sí, ¿verdad?

Una expresión de puro terror asomó fugaz a los ojos de Alana. Sus labios formaron una palabra que, al parecer, era incapaz de pronunciar. El bastón de Lethe se levantó, y la punta rozó levemente el enmarañado cabello de la chiquilla.

-Olvida -dijo la mujer-, que se borre ese recuerdo, pequeña. El equilibrio volverá en su momento. Y ahora -añadió, dirigiéndose a Hurten-, joven señor, estoy dispuesta a disfrutar de ese fuego y ese techo vuestro.

Al parecer, había disminuido el recelo que habían sentido hacia ella. Las manos ya no se cerraban prietas sobre las armas, si bien los chicos todavía la rodeaban en masa mientras ella, con la seguridad de quien sabe hacia dónde se dirige, se encaminaba a través de la puerta que daba acceso a la gran sala de recibimiento.

Fuera, el día moría en un rápido crepúsculo; en el interior había alguna clase de iluminación. Varios globos, instalados en las paredes, emitían un fulgor débil, como si la energía que los alimentaba, fuera cual fuera, estuviese a punto de acabarse. La mortecina luz mostraba decadencia envuelta en sombras.

En el pasado habían colgado tapices de las paredes. Ahora eran frágiles tramas de hilos endebles en los que sólo quedaban unos trazos tenues de sus dibujos originales. Había un estrado sobre el que antaño se alineaban unos sillones impresionantes, de respaldo alto y tallados. La mayoría de ellos habían sido cortados a hachazos y, al pasar por delante, los muchachos se acercaron y cogieron una brazada de trozos de madera; incluso el pequeño Rober cogió un pedazo, como si ésta fuera una tarea en la que todos estuviesen comprometidos.

Pasaron al otro lado de un biombo tallado, tras el que había una puerta, y recorrieron un pasillo que llevaba a otra estancia que, por las apariencias, servía de alojamiento. Aquí había una chimenea inmensa, sobre la que colgaba un caldero casi lo bastante grande para que cupiese Rober en él; cerca había otros utensilios de cocina.

Una mesa larga y varias banquetas habían subsistido. Cerca de la chimenea, a un lado, se alineaban varios catres hechos con restos de capas y pieles de animales pequeños cosidas entre sí; aparentemente, estaban rellenos con hojas o hierbas.

En la chimenea ardía un fuego, y en él uno de los gemelos echó madera del montón donde habían soltado sus cargas, en tanto que el otro removía los rescoldos para avivarlos.

Hurten soltó su carga de madera, giró sobre sus talones, vaciló, y luego dijo bruscamente:

-Hacemos guardias, y éste es mi turno.

Sin más, se marchó.

-¿Ha habido otros... por los que tengáis que manteneros alerta? -preguntó Lethe.

-No ha aparecido nadie más después de la llegada de Truas y Tristy -repuso la chica mayor al tiempo que señalaba con un gesto a los gemelos-. Vinieron del otro lado de las montañas hace un mes. Pero los demonios cometieron atrocidades en la costa... al principio. Antes había allí un pueblo.

-Sí, antes había un pueblo -corroboró Lethe.

-Fue tomado hace mucho tiempo -informó el chico que había blandido el garrote-. Nosotros... todos venimos del otro lado de las montañas. Lusta y yo... me llamo Tyffan, hijo de Hilder... somos de Cuarto Recodo. Nos encontrábamos en el campo, con tío Stansals. Nos mandó al bosque cuando vio el humo del pueblo, por encima de la colina. Pero... -los puños del chico se crisparon y su mandíbula se tensó- no regresó. Nos hablan llegado noticias sobre los demonios y lo que hacían con los pueblos, de modo que esperamos escondidos. No vino nadie a buscarnos.

La chica, Lusta, tenía la mirada prendida en el fuego, que ahora ardía con fuerza.

-Queríamos regresar -dijo-. Pero vimos a los demonios actuando y comprendimos que no lo lograríamos.

Truas, que vigilaba la lumbre, miró por encima del hombro. -Nosotros somos pastores y habíamos salido a buscar un animal extraviado -explicó-. Nos vieron, pero conocemos mejor los senderos de montaña. ¡Por lo menos esos diablos no vuelan!

-Hurten era escudero de lord Vergan -intervino la chica mayor-. Lo golpearon en la cabeza y lo dieron por muerto en la Batalla del Desfiladero. Me llamo Marsila y él -señaló al chico que había saltado del muro- es mi hermano, Orffa. Nuestro padre era el alguacil de la Torre Limítrofe. Estábamos cazando cuando llegaron, de manera que nos dejaron incomunicados...

-¿Cómo os reunisteis? -preguntó Lethe.

Marsila miró a su alrededor como si se lo planteara por primera vez.

-Nos conocimos por casualidad, señora. Alana y Rober huyeron al Bosque del jabalí y allí toparon con Lusta y Tyffan. Y Orffa y yo encontramos a Hurten y nos quedamos a su lado hasta que se le curó la herida de la cabeza. Después, también nosotros tomamos el camino del bosque. Cabía la posibilidad, esperábamos, de que Skylan o Varon hubiesen resistido. Pero, cuando nos encontramos con los otros, Alana dijo que los demonios se habían desplegado para dejarnos aislados.

-¿Entonces decidisteis cruzar las montañas? ¿Por qué? -inquirió Lethe, aunque conocía la respuesta. De hecho, ya buscaba el principio del esquema que había percibido. Tenía que haber uno o ella, la tejedora, no habría sido llamada.

Fue Lusta quien, en voz baja y con la cabeza gacha, como si estuviese confesando un pecado, respondió:

-Por el sueño, señora. Siempre el mismo, y cada vez lo veía con más claridad.

-La abuela de Lusta era vidente -intervino Tyffan-. Todo el mundo en Cuarto Recodo pensaba que ella tenía también parte del don. Lusta nos indujo a venir haciéndonos soñar con este sitio.

-En la actualidad son pocos los que poseen dotes del Conocimiento, pero en la torre teníamos noticias de que todavía había esta clase de personas. -Marsila sonrió y rodeó con el brazo los hombros de la chiquilla más joven.

»Además, no teníamos otro sitio adonde ir, así que, ¿por qué no confiar en un sueño? -Su semblante se tornó de nuevo inexpresivo-. Al menos, los demonios no nos buscaban en las

montañas. Cuando encontramos este sitio supimos que la suerte nos había favorecido un poco. Hay ganado asilvestrado en el valle y algunos cereales que estamos recolectando, y fruta. Y también, este sitio... Parece como si existiera adrede para que nos cobijásemos en él.

-¡Guiados por los sueños! -Lethe se acercó a Lusta y, como había hecho con Alana, rozó la cabeza de la chica con su bastón. Saltó una chispa azul y Lethe sonrió-. Soñadora, has procedido bien. La benevolencia seguirá un cauce que, por ahora, escapa a tu comprensión.

Se echó un poco hacia atrás para observarlos a todos; su mirada se detuvo durante unos instantes en cada rostro. Así que éste era, en efecto, el comienzo.

-En verdad -dijo-, este lugar es para seres como vosotros. Eran vástagos de distintas cepas, pero sus raíces eran las mismas. Eso le había resultado evidente la primera vez que los vio. Su cabello, enmarañado y descuidado, tenía el mismo color rubio plateado, y sus ojos compartían la misma tonalidad gris de la hoja de una espada. Si, la antigua estirpe había sobrevivido, después de todo, a pesar de que la semilla se hubiese esparcido a los cuatro vientos.

Lethe soltó sobre la mesa la bolsa que cargaba al hombro. Aflojó la cuerda que la cerraba, metió en ella la mano y sacó un paquete de carne seca y otro de hierbas.

Ya había algo cociendo en la enorme olla; estaba segura de que habían aprovechado el día para cazar. Se acercó al caldero y añadió sus provisiones bajo la atenta mirada de los muchachos.

Vituallas de viaje, pero complementarán vuestras provisiones, como es costumbre -les dijo.

Marsila la había estado observando atentamente. Ahora, a despecho de vestir un calzón corto reforzado con parches de pieles, hizo la reverencia de una hija de casa noble en un gesto de cortés agradecimiento.

-Os damos la bienvenida a esta casa que honráis con vuestra presencia. -A pesar de sus palabras, en sus ojos había un vestigio de duda.

No obstante, fue Alana quien habló, y lo hizo casi en un tono recriminatorio:

-Eres una de ellos, de forma que es tu casa.

-¿Qué sabes de ellos, criatura? -Lethe se había despojado de la capa. Sus pantalones y su jubón eran de color verde opaco, muy semejante al de las paredes que los rodeaban.

-Poseían extraños poderes -repuso Alana. Atrajo hacia sí a Rober-. Poderes que les daban dominio. Poderes a los que nadie podía oponerse... ¡como los demonios!

Lethe había cogido un cucharón de una clavija de la pared de la chimenea. Se volvió para mirar a la chiquilla.

-Poderes para dominar como los demonios... ¿Es eso lo que se dice ahora de nosotros?

Alana enrojeció y guardó un breve silencio.

-Ellos..., ellos no acosaban a la gente... Ellos no... mataban -dijo por fin.

-¡Eran guardianes! -intervino Marsila-. Cuando ellos estaban en la tierra, no había matanzas.

-¿Por qué se marcharon? -preguntó uno de los gemelos mientras se sentaba sobre sus talones.

Lethe removió el caldero, sin mirar a los chicos.

-Esta tierra es vieja, y muchos han echado raíces aquí. Con el paso de los años, otro linaje se alza con el mando.

-Así que ésta es la era del dominio de los demonios -intervino Orffa, que tomaba la palabra por primera vez. En su voz se advertía un fiero desafío y su gesto era ceñudo-. ¿Es eso lo que tratáis de decirnos?

-¿Los demonios? -Lethe seguía con la mirada prendida en el fuego y el humeante caldero-. Sí, para esta tierra y en este momento, son demonios.

Marsila se acercó un poco más.

-¿De qué otro modo podemos pensar en ellos? ¡Respondedme a eso, antigua guardiana!

-De ninguno. -Lethe suspiró y se volvió de cara a los niños. ¿Niños? Aparte de Rober, había poco de infantil en los rostros que la rodeaban. Habían visto mucho, y nada bueno. Pero así funcionaba el Camino, el entramado de los hilos del tejedor. Aguardando en las sombras, detrás de cada uno de ellos, se insinuaba la tenue promesa de lo que podría ser.

-¿Por qué habéis venido? ¿Os seguirán otros? -demandó Orffa.

-He venido porque fui llamada. Yo sola -respondió con sinceridad-. Mi estirpe ha pasado a otro lugar, pero parece que yo estoy vinculada a este momento.

-Eso es mágico. Tyffan señaló el bastón que la mujer había dejado sobre la mesa-. Pero eres una contra muchos. Esos invasores do

minan el territorio comprendido entre el Río Lejano y el mar, y desde Boca del Monte Smore hasta Hondo Anhelo.

Lethe se volvió a mirarlo. El chico apenas le llegaba al hombro, pero había plantado las robustas piernas un poco separadas y estaba con los brazos en jarras, como si la desafiase.

-Hablas como quien sabe lo que dice -comentó la mujer. La sonrisa que esbozó el chico la sorprendió levemente.

-Eso no tiene nada de mágico, señora. Que nos encontremos aquí no quiere decir que siempre hayamos vivido en este sitio. Tenemos nuestros medios para informarnos de lo que pasa al otro lado de las montañas... y no mediante sueños.

Lethe frunció los labios. Creyó comprender lo que insinuaba el chico. Había dado a entender que era oriundo de la región, que conocía sus recursos; y los jóvenes aprendían rápido cuando era necesario.

-Así que habéis utilizado vuestros ojos y oídos con provecho. -Él asintió con un vigoroso cabeceo-. Muy bien. ¿Y qué es lo que habéis descubierto con vuestros medios no mágicos?

-Suficiente -espetó Orffa, que empujó al chico más joven para abrirse paso.

-¿Y los demonios no os han molestado aquí? -preguntó la mujer. -Pasó una patrulla de exploradores -respondió Marsila-. Siguieron el camino del mar hacia el interior, pero se produjo un repentino desprendimiento de rocas que obstruyó el paso. Acamparon por la noche allí cerca...

Tyffan esbozó una amplia sonrisa y los gemelos hicieron lo propio. -No les gustó lo que oyeron ni lo que vieron. Tampoco a nosotros, pero luego dedujimos que no estaba dirigido a gente como nosotros. Huyeron, y algunos cayeron al río. Hurten derribó a uno con una flecha. Es un arquero excelente. Y nosotros acabamos con un par de ellos a pedradas. Nos habría gustado coger sus armas, pero el río las arrastró y no nos atrevimos a ir tras ellas. No han vuelto por aquí desde entonces.

-No todo fue obra nuestra -dijo Marsila-. Allí había algo... Lo sentíamos, pero no nos perseguía a nosotros; sólo los atacó a ellos.

-Las rocas crearon cosas sombrías -intervino Lusta, que se había agarrado al brazo de la otra chica.

-Así que los antiguos centinelas han resistido de algún modo -comentó Lethe-. Su misión nunca fue enfrentarse a quien no llevaba malas intenciones. Esto -gesticuló con la mano- fue en otros tiempos un lugar de paz bajo el signo de Tierra y Aire, Fuego y Agua. -Señaló el caldero-. ¿Comemos? Los cuerpos necesitan comida, al igual que las mentes necesitan conocimiento.

Pero sus pensamientos estaban en otra parte. Ante sí tenía una mezcla que sólo el peligro podría haber amalgamado: campesinos, pastores, soldado y sangre noble, todos ellos reunidos por el azar y, al parecer, ya aunados. ¿Azar? No, quizá no debiera pensar ya en una casualidad.

Trajeron cuencos y formaron una fila. Algunos recipientes eran de metal abollado, oscurecidos por el paso del tiempo, y debían de haberlos encontrado aquí; había también copas hechas con corteza, sujetas con pinzas de madera. Lethe entregó el cucharón a Marsila y observó a la chica mientras servía su ración a cada uno. Puso una aparte, y Lethe la cogió.

-¿Para el centinela? Yo se lo llevaré.

Antes de que ninguno de ellos pudiese protestar, salió de la gran cocina. La oscuridad era más profunda, a pesar de la luz de los globos, pero la mujer caminó con la seguridad de quien conoce bien el camino. Ya en el exterior, subió con igual paso seguro a lo alto de la muralla.

-No necesitas eso.

-Más que ver, había oído el roce de un puñal al ser desenvainado, y no le fue difícil imaginar al descarnado muchacho en una postura agazapada-. Tu cena, centinela, y también tu relevo.

Una sombra salió de las sombras. El bastón, que sostenía con la mano izquierda, emitió un tenue resplandor. Aunque Hurten cogió el cuenco, su daga siguió desenvainada. No obstante, Lethe pasó por alto su actitud cautelosa. En cambio, pasó el bastón a lo largo del borde exterior del parapeto que los protegía en parte del desapacible aire marino.

-He montado defensas, Hurten. Te prometo que no es preciso vigilancia alguna esta noche. Tenemos mucho que hablar...

Percibió resentimiento en el muchacho, y lo asistía la razón. El liderazgo que este grupo conocía en las artes de la guerra tenía que venir de él.

-Escudero mayor -comenzó Lethe, utilizando adrede la antigua lengua-, hay un tiempo para teñir con sangre las espadas, y un tiempo para hacer planes de campaña. Así las espadas estarán más prestas para teñirse de sangre.

-Por el Roble, por el Arroyo, por la Tormenta, por el Fuego. -Las palabras salieron de sus labios en el lenguaje antiguo.

Lethe asintió con la cabeza, aunque, tal vez, él no viese su gesto de aprobación en medio de la penumbra.

-Por la Espada y el Cayado, por el Cuerno, por la Corona. -Las tradicionales palabras sonaban familiares en este lugar, a pesar de que eran otros tiempos cuando se pronunciaban de manera habitual-. Bien, guerrero, ¿así que ya has dado uno o dos pasos por ese camino?

-Mi señor era de la Casa de Uye. Cuando nos dieron las espadas al ser ya hombres, él pronunció los antiguos votos.

¡Al ser ya hombres!, pensó Lethe. Malos tiempos corrían cuando se consideraba hombres a unos muchachos. Claro que ella no habría sido llamada si no hubiese sido así.

-Entonces sabes que éste es un lugar de paz.

Se oyó el suave roce de la daga al ser enfundada de nuevo.

-Señora, en esta tierra ya no hay ningún sitio de paz. -Sus palabras eran escuetas y hoscas.

-Para hablar de ello nos reunimos en asamblea. Ven.

Hurten vaciló, todavía reacio a admitir que el turno de guardia que le correspondía hacer ya no era necesario. Pero la mujer había dado media vuelta y empezaba a descender de la muralla, como si pensara que no pondría objeciones, y él la siguió.

Encontraron a los demás sentados junto a la chimenea. Orffa y Marsila miraron interrogantes a Hurten cuando éste entró, pero Lethe se apresuró a dar una explicación:

-Está cubierta la guardia, y es algo que vigilará bien. Hay algo que debemos debatir entre todos nosotros. -Eligió deliberadamente las palabras para aliarse de inmediato con estos elegidos para un propósito que estaba fuera de toda duda.

Lethe esperó a que los chicos limpiaran los cuencos, y luego comenzó: -Los tiempos pueden cambiar, pero no las estaciones. Los vientos del mar anuncian la venida del mal tiempo. Antaño había aquí cierto dominio sobre los elementos, pero eso fue hace mucho. Necesitaremos de eso día y noche -señaló el fuego-, y comida.

-Hemos estado recolectando -respondió Marsila con aspereza, como si alguno de sus actos hubiese sido puesto en tela de juicio-. Tenemos alimentos almacenados.

- De eso estoy segura -dijo Lethe-. Aunque, si se desatan fuertes tormentas, como muy bien puede ocurrir, se precisara hasta la última migaja de comida y cada palito de madera. Y

también una provisión de hierbas, pues hay enfermedades que llegan con los cambios del tiempo, y algunas de ellas son graves.

Hubo un movimiento al otro lado de la mesa. Alana llevaba a Rober, casi dormido, en brazos, y lo tumbó en uno de los catres colocados a los lados de la chimenea.

Hurten se inclinó hacia adelante.

-¿Por qué os preocupáis por nosotros? -La voz del muchacho sonaba un poco ronca-. No somos de vuestra estirpe. No. -Echó un breve vistazo a los demás-. Ni siquiera existen lazos de sangre entre nosotros. No reivindicamos derechos de vasallaje.

-¿Por qué vinisteis aquí? -Marsila puso un codo en la mesa y apoyó la barbilla en la mano-. No se ha sabido nada de los vuestros desde que murió la reina suprema Fothuna, sin dejar una hija que la sucediera en el trono, y la nación se hizo pedazos con las luchas entre señores feudales de poca monta y las Señoras de la Guerra. Y todo eso tuvo lugar hace largos años. No tenemos nada del antiguo poder.

»Lusta, sí. En dos ocasiones sus sueños nos han sacado de peligros presentidos... Pero nuestra raza era, y es, sabia sólo a nuestra manera. Por tanto, preguntamos: ¿por qué venís aquí para hablar como una castellana?

Y yo insisto: ¿qué queréis de nosotros? -repitió Hurten.

El muchacho tenía el entrecejo fruncido, y ese mismo gesto apareció más acusado en el semblante de Orffa, cuyas cejas rectas se unieron sobre el puente de la nariz. La mueca traviesa, siempre pronta en los labios de Tyffan, había desaparecido, y la expresión de los gemelos era reservada.

Lusta tenía la punta de la lengua asomando entre los labios, pero guardaba silencio, y las manos de Alana estaban enlazadas prietamente sobre la mesa, frente a ella.

Vosotros, en cierto modo, me habéis llamado. No. -Lethe sacudió la cabeza, consciente de la negativa que Hurten estaba a punto de articular-. No digo que conocieseis mi existencia. Pero en aquellos lejanos días de la leyenda que ha mencionado Marsila había vínculos establecidos, y el mío era estar ligada a Kar-del-Río, esta fortaleza que ahora nos cobija. Y así cumplo con la obligación que se me encomendó. No sabía lo que iba a encontrarme hasta que llegué aquí.

»En cuanto a la importancia que tenéis para mí... eso es algo que tenemos que descubrir entre todos. Pues debo, en justicia, deciros esto: estáis tan comprometidos en esto como yo.

Hurten apretó los puños. Hizo un movimiento, como para levantarse. No estaba de humor para muchos acertijos, advirtió Lethe, pero ¿qué más podía decirle ahora?

Fue Orffa quien se puso de pie y se situó detrás del chico mayor, al igual que un vasallo respalda a su señor. Pero Hurten no le hizo caso y dijo:

-Señora, no estamos aquí para obedecer vuestros mandatos. Lethe suspiró. Paciencia, siempre paciencia. Una tejedora debe asegurarse de que ningún nudo enrede las hebras. Fue Marsila quien puso fin al asunto.

-Se ha hecho tarde -declaró. Había atraído a Alana más hacia si, y la chiquilla se recostaba pesadamente contra su hombro-. Mañana habrá tiempo de sobra para debates.

Al parecer, incluso Hurten se sometió de buena gana a su sugerencia. En consecuencia, se dispuso el fuego de manera que ardiera despacio y los chicos se instalaron en los catres, al calor de la chimenea. Lethe se tumbó sobre su capa, aunque no se quedó dormida. Los de su estirpe apenas necesitaban el descanso del sueño. En cambio, tras los párpados cerrados, reconstruyó el entorno que ahora la cobijaba tal como lo había visto en otros tiempos. De aquel pasado evocó a otros que antaño tenían verdadera vida y ahora se movían como sombras.

Un ruido la sacó de su ensoñación y abrió los ojos. Alguno de los chicos se había sentado en el catre y apartaba las pieles con las que se cubría. El mortecino resplandor del fuego se avivó brevemente y reveló un rostro...

¡Lusta, la soñadora!

La penetrante vista de Lethe no sufría menoscabo con la penumbra. La chica tenía los ojos cerrados, y no los abrió cuando giró la cabeza como en respuesta a una llamada. A gatas, manteniendo los ojos cerrados, se alejó de la chimenea hacia donde las sombras eran más densas y entonces se puso de pie. Lethe dejó que se adelantara un poco antes de seguirla corredor adelante y a la sala de recibimiento.

La luz de los globos se había apagado y la oscuridad era total; con todo, Lusta avanzó con la seguridad de quien ve perfectamente. Lethe fue tras ella. Sacar a la chica del trance... No, sería un disparate, y peligroso. Debía saber qué inducía a Lusta a salir en plena noche.

Salieron del edificio al patio. La luna brillaba cautelosa entre las nubes que pasaban ante ella, y para Lethe esa luz era suficiente. Lusta había subido al mismo lugar de la muralla en el que Hurten había hecho su turno de guardia.

Se volvió despacio, de cara al exterior, y entonces su mano se tendió hacia el parapeto y sus dedos dieron suaves golpecitos a lo largo de las piedras. Saltaron chispas, como si utilizase una varita de hierro en lugar de su propia carne.

Lethe echó la cabeza hacia atrás y dilató las ventanas de la nariz como para captar algún olor tenue. Estaba al final de la escalera y avanzó hasta situarse detrás de Lusta; alzó las manos y rozó con las yemas de los dedos las sienes de la chica.

La mujer atirantó los labios hasta mostrar los dientes. Esto... No se le había pasado por la imaginación que los nuevos invasores fueran tan entendidos. ¿O acaso sólo eran síntomas de una plaga más antigua y detestable?

Apretó los dedos, carne contra carne, y opuso voluntad contra sueño. Las manos de Lusta dejaron de dar golpecitos; entonces soltó un alarido y se desplomó como si la vida la hubiese abandonado en cuestión de segundos.

Lethe no se arrodilló a su lado enseguida; en cambio, volcó toda su atención en el peligro inminente. Rehizo el conjuro de protección allí donde Lusta lo había roto con su hechizo, y en esta ocasión lo reforzó empleando la suficiente fuerza de voluntad como para quedar casi tan agotada como la muchacha inconsciente que yacía a sus pies.

Era un error. Lo que había hecho alertaría a ese otro poder que ya había dado su primer paso. Aun así, Lusta, con un don para cuyo uso y protección no había sido entrenada, era una llave que no podía permitir que utilizaran.

Lethe se agachó para tomar en sus brazos a la muchacha y echó su capa sobre ambas. Lusta tenía la cara helada, como si hubiese estado enterrada en nieve, pero sus manos, que Lethe tomó entre las suyas, estaban calientes, casi ardiendo. Lo que la chica no había acabado de proyectar en el conjuro de rompimiento, revertía hacia su interior y estaba, corroyéndola. Gimió v se retorció en los brazos de la mujer.

-¡Lusta! -La llamada sonó abajo, y a continuación se oyeron pisadas en los escalones de piedra. Tyffan llegó junto a ellas en una atropellada carrera y se arrodilló-. ¡Lusta! ¿Qué...?

-Está a salvo... por ahora. -Al contacto de Lethe, el ardiente calor de las manos de la chica se había calmado-. Tyffan, ¿dijisteis que os soñó aquí?

-¿Qué le ocurre? -replicó el chico, haciendo caso omiso de su pregunta.

-Ha estado poseída. -Lethe fue sincera-. Tal vez incluso el que os soñara aquí era por designio de otra voluntad. Esta noche, lo que la tenía dominada la utilizó para destruir la protección que guarda este lugar.

-Pero Lusta no haría... -empezó Tyffan, que miraba a la mujer de hito en hito.

-¡No! -se apresuró a decir Lethe-. Ella no os habría puesto en peligro voluntariamente. Pero no le han enseñado a proteger su don, y eso la hace vulnerable a...

-¡Los demonios! Pero ¿cómo...?

-No sabemos quién la indujo a hacer esto ni para qué -repuso Lethe con premura-. Pero ha agotado sus fuerzas por completo, y tenemos que llevarla a un sitio abrigado.

Hurten y Orffa se toparon con ellos en la puerta de la sala de recibimiento, y Tyffan les dio una explicación confusa de lo que había ocurrido. Lethe se ocupó de que la tumbaran en el catre y después se volvió hacia los demás.

-Me preguntasteis antes qué quería de vosotros -dijo con franqueza-. Aún no lo sé con exactitud. Pero cabe la posibilidad de que haya sido otro poder el que os ha traído aquí y que está dispuesto a utilizaros. -Les explicó lo que Lusta había sido inducida a hacer. -¡Lusta no es un demonio! Tyffan casi gritó.

-Tiene el don -le respondió Marsila-. Eso es poder. Lusta sólo lo utilizaría para bien. A decir verdad, nunca lo usó por propia voluntad -dijo, dirigiéndose a Lethe-. Los sueños vinieron a ella sin que hubiese búsqueda o petición por su parte.

-Hablamos del poder como si fuese un don -dijo Lethe-. También puede ser una carga, incluso una maldición, si no se utiliza bajo control. No creo que Lusta recibiera ayuda alguna para aprender lo que era capaz de hacer.

-Ella... Tyffan rebulló inquieto-. No sabía si tenía algún significado. -Miró hacia el catre donde estaba tumbada la chica-. Su madre murió cuando ella era muy pequeña. Mi madre era su familiar más cercano y la recogió. Pero no habíamos tenido videntes desde hacía mucho tiempo. No tuvo sueños hasta que atacaron los demonios. O al menos no habló de ellos. Pero no es un diablo. Pregunta a Hurten, o a Truas y Tristy. ¡Nos reunió con sus sueños!

-¿Y los demonios? ¿Sabíais que tienen alguna forma del Conocimiento entre ellos?

Los chicos se miraron entre sí, y después Marsila sacudió la cabeza.

-Vinieron como..., como nubes de tormenta, y no había defensa contra ellos. Eran muy numerosos y aparecían sin previo aviso. Pero mi padre dijo que las cosas nos fueron tan mal en la batalla porque los nobles y las Señoras de la Guerra estaban divididos y no se habían puesto a las órdenes de un único cabecilla. Cada uno luchaba por su propio feudo y fueron cayendo uno tras otro. No había reina suprema. Era casi como si todos estuviésemos ciegos.

Hurten se mostró de acuerdo con un cabeceo.

-Mi señor -dijo- envió un mensajero pidiendo ayuda al feudo de Iskar, y el señor de allí le dijo que no porque temía a los de Eldan más que a los demonios. Le dijo al mensajero que los rumores sobre los demonios se habían propagado para amedrentar a los pusilánimes señores feudales. Esto fue antes de que Iskar cayera tras dos días de combate. Sólo quedaron piedras ensangrentadas. Es cierto que los señores feudales no se unieron. -Hurten hablaba con gesto pensativo, casi como si estuviese repasando los recuerdos y los viese bajo un ángulo distinto-. Y la razón que alegaron, principalmente, era la prevención contra sus propios vecinos. ¿Es posible que en ello interviniera también algún poder de los demonios?

El muchacho había llevado la mano a la empuñadura de su daga otra vez, y miraba a Lethe como si quisiera sacarle la verdad a punta de espada si era preciso.

-Cabe esa posibilidad.

Alana se acercó un par de pasos y miró a Lethe a la cara.

-Señora, ¿por qué querrían los demonios traernos aquí, a no ser para matarnos como... -vaciló un instante, y el viejo temor asomo de nuevo a sus ojos- como hicieron con todos los demás? Lusta nos vio aquí en su sueño, pero no había demonios esperando nuestra llegada.

-Este estaba esperando, y quizá vuestra estancia en este lugar podría abrirles las puertas a ellos o a alguna otra cosa. -Lethe estaba realizando una búsqueda sensorial, sopesando primero a los chicos y luego los propios muros que los rodeaban. No, no había habido intromisión, salvo la que había detectado esta noche. No había ninguna manzana podrida en el grupo.

-Entonces ¿qué se esconde detrás de todo esto? -inquirió Hurten-. Los demonios llegaron del norte; no son de nuestra raza. Tal vez -sus ojos se estrecharon- son de la vuestra..., señora. -No había mucha amabilidad en su voz al pronunciar el título.

-Antes de los demonios -le contestó ella- había otros poderes des-

plegados por todas partes. Algunos eran siempre de la oscuridad. Abre los ojos, joven: ¿es este lugar de la clase que cobijaría a las horribles sombras?

Durante un momento reinó el silencio. El entrecejo de Hurten siguió fruncido. Luego, titubeante, el muchacho levantó la mano derecha entre ambos y los dedos se movieron en un gesto que hizo a Lethe soltar un suspiro de alivio.

-Saca tu arma, guerrero, y observa. -La mujer tendió su mano. Él vaciló, y después desenvainó la daga. Lethe tocó deliberadamente la punta de la cuchilla, aguantando una punzada de dolor ardiente como fuego. Cuando retiró la mano, la volvió con la palma hacia arriba y la puso de manera que la luz le diera de lleno en ella.

Había una mancha roja, inflamada, en su piel blanca. Soportó el dolor durante el tiempo suficiente para que todos lo vieran, y después, mediante un acto de voluntad, hizo que sanara la piel.

-La hoja está fría. -Hurten miraba su arma como si ésta poseyera un potencial desconocido para él.

-Los demonios no mueren con filo ni punta de cuchilla -intervino Orffa-. Sólo los Primeros... -Respiró hondo.

-Sólo aquellos del Camino Recto -interrumpió Marsila a su hermano- no pueden tocar el hierro.

Y nuestras defensas subsisten todavía aquí -hizo notar Lethe-. Con todo, existe algo que podría poner fin a la urdimbre destruyendo telar y tejedora.

-Hablas de urdimbres -dijo Marsila-. ¿Eres la tejedora? -Así se me ha asignado.

-Queda un interrogante. Lusta nos condujo aquí ¿inducida por quién? -volvió Hurten al problema anterior.

-¿Quién sabe? -Lethe habló con fatiga, pues la verdad, otra vez, la agobiaba.

-¿Volverá..., volverá a ser poseída? -Marsila se acercó a Lusta con precaución. La chica más joven parecía estar profundamente dormida, ajena a cuanto la rodeaba.

-He establecido protecciones -repuso Lethe-. Por el momento, resistirán.

Ninguno puso en tela de juicio eso, como si evitaran pronunciar en voz alta sus dudas. Hurten se acomodó junto al fuego, pero no se durmió. En cambio, sacó una piedra de afilar de la bolsa que llevaba colgada al cinto, y con ella empezó a aguzar el filo de su daga, afanándose en el trabajo como quien debe ocuparse incluso de un preparativo tan insignificante contra los problemas que se avecinan. Marsila arrastró su catre junto al de Lusta, en tanto que Tyffan hacía lo propio por el otro lado.

Lethe miró el cinturón de Hurten del que pendía la vaina vacía... Sin su espada, ese símbolo de la edad viril para su raza. La mujer cerró los ojos otra vez, pero su mente estaba despierta. Una espada... Se resistió a la idea, con la sensación de que la estaban empujando a tomar decisiones precipitadas. El uso de armas, como se conocían ahora en esta tierra, estaba de más para ella; pero tampoco tenía derecho a negarles a otros la seguridad que podía ofrecer una espada. No obstante, eso podía esperar hasta mañana. Hurten dio por finalizado su trabajo, guardó la piedra de afilar en la bolsa, y se estiró en el catre para dormir.

Del mismo modo en que un comandante envía a un explorador experto, Lethe dirigió sus poderes sensitivos hacia el exterior. Las protecciones permanecían firmes, sin que nada las amenazara. ¿Y Lusta? La chica dormía tan profundamente que ningún invasor podría llegar a su mente. ¿A salvo? ¿Estaba cualquiera de ellos a salvo?

Lusta había brindado un acceso a algún antiguo poder. ¿Y los otros chicos? Lethe se resistía a hacer lo que debía... Era algo que sólo podía estar justificado ante la amenaza de un gran peligro. ¿Era éste el caso?

Tomó una decisión, y su mente inicio una búsqueda. Alana, con un brazo en torno a su hermano pequeño en constante protección... Allí no había nada.

¿Los gemelos pastores? Una imagen onírica borrosa, en parte compartida, de una mañana espléndida en las cumbres de su tierra. Tyffan... Oscuras sombras insinuándose..., el inicio de una pesadilla en la que intentaba llegar a una granja donde Lusta lo esperaba. Estaba en su mano disipar esa angustia, y lo hizo.

Marsila. Bosques otoñales de vivos colores, una mañana soleada y cálida, rectitud y recuerdos afectivos. Su hermano... sumido en un sueño profundo, como Lusta. Hurten; la guardia en la muralla, una necesidad apremiante de rechazar alguna amenaza que todavía no se había manifestado, una necesidad que se hacía avasallante por el hecho de no disponer de un arma. Lethe no se había equivocado; éste necesitaba el talismán de una espada.

Había buscado en sus mentes. Las había explorado y no halló mácula. Confirmado eso, podía esperar la llegada del nuevo día. Desayunaron unas gachas espesas de cereales silvestres, gustosas sólo por el puñado de bayas secas que añadieron. Lethe esperó a que terminaran de hablar.

Tenéis dos arcos y dos dagas entre todos. No es suficiente. Hurten soltó una risa desabrida.

-Es cierto, señora. Pero aquí no hay forja, ni ninguno es herrero. ¿Es que hay un enemigo al que tengamos esperanza de saquear? Venid.

Lethe se encaminó a la sala de recibimiento y todos, incluso Rober, fueron tras ella. Se acercó a la pared de detrás del estrado, sobre la que colgaba uno de los raídos tapices; más que un tapiz, eran los restos de lo que antaño debía de haber sido un estandarte.

¡Qué mal había tratado el tiempo a lo que había aquí! No obstante, la mujer no estaba triste, sino más bien impaciente por dar inicio a su tarea. Los sillones que en el pasado se alineaban contra la pared estaban destrozados, pero la larga mesa seguía intacta, aunque tenía una capa de polvo y astillas.

Pasó su bastón por encima del mueble, y un fuerte soplo de brisa barrió la suciedad. Lethe señaló el raído estandarte.

Con el bastón siguió cuidadosamente el contorno de la colgadura mientras emitía una especie de zumbido, como el suspiro del viento entre los árboles. En la pared, el estandarte se movió. Cayeron motas de polvo, pero no se desprendió ningún fragmento de la frágil urdimbre. La tela se soltó de la pared mientras su bastón se balanceaba atrás y adelante como lo haría el de un pastor que guía a su rebaño apartándolo de algún peligro. La antigua urdimbre descendió y quedó extendida sobre la mesa.

-¡No la toquéis! -ordenó-. Aún no ha llegado el momento. Nuestras necesidades son otras.

De nuevo su bastón se movió, ahora señalando directamente la pared que el estandarte había tenido cubierta. Articuló unas palabras imperiosas, unas palabras que no se habían pronunciado desde los lejanos días de la leyenda.

Aparecieron grietas entre las piedras, líneas que formaban el vano de una puerta. Se abrió.

-¡Seguidme! -Lethe los llamó con un ademán.

El bastón emitía luz, y el brillo se reflejó en astilleros de armas, en estantes de almacenaje. Aquí había armas. Oyó la exclamación de Hurten, que se adelantó y alargó la mano hacia la empuñadura de una espada. El muchacho contempló el arma maravillado. Los otros se internaron más en el cuarto, mirando lo que había, pero sin atreverse a tocar nada. Entonces Orffa cogió una espada, y Tyffan, tras dirigir una breve ojeada a Lethe como si la mujer fuera a prohibírselo, cerró los dedos sobre el mango de un hacha de doble hoja.

Al cabo de un momento, Hurten se volvió, con aire acusador, hacia la mujer.

-¿Qué broma es ésta? No es acero... -Había pasado los dedos a lo largo de la cuchilla.

Lethe se echó a reír.

-Aquí no encontrarás hierro, joven guerrero. Estas armas están forjadas con plata endurecida, pero no por ello son menos resistentes o afiladas.

Por un instante pareció que el muchacho iba a rebatir sus palabras, pero luego asintió con un cabeceo.

-Cada pueblo tiene sus secretos. Al menos, está bien equilibrada. -La blandió con la soltura de un experto.

-¡No, no, Rober!

Alana libraba un tira y afloja con su hermano. El pequeño, con la cara roja por la creciente furia, forcejeaba para apoderarse de una daga tan larga que podía considerarse una espada corta.

-¡La quiero! ¡Quiero quedármela!

Alana parecía incapaz de aflojarle los dedos. Truas cogió al pequeño por los hombros, desde atrás.

Ya está bien, jovencito, esto no es un juguete. Dáselo a Alana y.. -Había vuelto la cabeza para mirar los astilleros de armas, pero no se le ocurrió qué ofrecer a Rober en contrapartida.

-¡La quiero! -chilló el niño, que a continuación dio una patada a su hermana antes de que Truas tuviese tiempo de apartarlo. -¡Rober, no! -Había una expresión de miedo en el semblante de Alana-. ¡Dámela, por favor!

Mientras el pequeño luchaba y se revolvía para soltarse, Alana le fue aflojando los dedos uno por uno. Los gritos del niño atrajeron a los demás. Una vez que su hermana lo forzó a abrir la mano, Rober la levantó y le clavó las uñas en la mejilla. Ella gritó y echó la cabeza atrás, mirando a su hermano con los ojos desorbitados, como si fuera la primera vez que lo veía.

Marsila la apartó, pero fue Hurten quien tomó el mando de la situación.

-¡Déjamelo a mí! -ordenó a Truas, mientras agarraba al niño. Cuando lo tuvo sujeto, añadió-: ¡Quítale el arma!

Aunque tuvo que esquivar las patadas -que, en opinión de Lethe, parecían demasiado bien dirigidas para estar inducidas por una furia ciega-, Truas consiguió recuperar la daga. Acto seguido, Hurten sacó del cuarto al todavía forcejeante chiquillo.

Alana temblaba de pies a cabeza; las lágrimas diluían la sangre de los arañazos en la mejilla.

-Nunca..., nunca había hecho una cosa así. ¡Oh, Rober! -Apartó con brusquedad a Marsila y corrió en pos de Hurten y su hermano. Sobrevino un silencio incómodo en el cuarto. Lethe se agachó para recoger el arma causante de la disputa. Tanto a sus ojos como a su percepción sensorial sólo era lo que parecía. Una fugaz idea la había perturbado durante un instante, pero la escena podía ser simplemente la rabieta de un niño consentido -saltaba a la vista que Alana lo mimaba demasiado- por no poder coger lo que quería,. como habían hecho los demás. Estaba dejando atrás la infancia y, quizá, llevaba algún tiempo resentido, sin ser consciente de ello, por la protección excesiva de Alana en los últimos tiempos.

Los otros hicieron una rápida elección de armas. Marsila eligió cuatro arcos y sus correspondiente aliabas de flechas con puntas de plata y lo juntó todo en un abultado montón. Lusta y los demás seleccionaron dagas, cuya agudeza probaron tocando las puntas con las yemas de los dedos. Pero las armas predilectas de los gemelos resultaron ser las jabalinas, de las que cogieron tres cada uno. Tyffan no cambió de opinión, y se quedó el hacha que había llamado su atención al principio, y Orffa la espada, con el cinturón y vaina correspondientes.

A Lethe le interesaban las elecciones hechas. Cada chico había escogido las armas con las que se sentía más a gusto. Puso otra vez en el astillero la daga a la que se había aferrado Rober, y salió del cuarto detrás de los muchachos. La puerta se cerró a sus espaldas y desapareció.

Marsila dejó los arcos sobre la mesa, con cuidado de no tocar el estandarte. Llamó por señas a Lusta y Orffa, y los dos escogieron uno. A continuación seleccionó otro para ella.

-Ése es para Hurten -dijo, señalando el arco restante-. Es mucho mejor que el que tiene, y le sacará provecho.

Alana estaba sentada junto a un catre cuando entraron en la cocina. Rober yacía sobre el jergón, hecho un ovillo, y sollozaba. Al acercarse los demás, su hermana le tocó el hombro.

-Rober... -su voz era admonitoria y alentadora por igual.

El niño se sentó. La cólera había desaparecido de sus ojos, y las lágrimas le humedecían las mejillas.

-Lo siento -dijo, con un murmullo apenas audible.

-Es cierto. -Alana sonrió-. Está arrepentido.

-Muy bien, Rober. -Marsila se acercó a ellos-. Pero con lamentarlo no quitas los arañazos que tiene tu hermana en la cara, ¿verdad? El niño se pasó las manos por las mejillas y se las llenó de churretones.

-Lo siento -repitió, afligido.

-Por supuesto. -Alana lo estrechó en sus brazos-. Sé que lo lamentas.

Tyffan, que tamborileaba los dedos sobre el mango del hacha, parecía haberles prestado poca atención.

-Hace un buen día fuera. Quizás haya algún animal en la pradera, fácil de abatir con los arcos nuevos -sugirió.

-¡Buena idea! -Hurten apareció con el arco que Marsila había reservado para él-. Tal vez podamos dar caza a ese becerro añojo que vimos hace un par de días.

Lethe los acompañó y los vio separarse e ir en distintas direcciones para ocuparse de lo que debían de ser las tareas encomendadas a cada cual desde que habían llegado a la fortificación. Durante las horas diurnas no existía el temor a salir a campo abierto.

Incluso Rober ayudó en la recolección de provisiones, disputando con varias ardillas iracundas la cosecha de los frutos secos caídos, en tanto que su hermana y Tristy sacudían las ramas del árbol para hacer que cayeran más.

Lusta utilizaba su nueva daga para cortar manojos de cereales silvestres, cuyos tallos todavía estaban resbaladizos por el aguacero del día anterior. Sus manipulaciones espantaron a los pájaros que se alimentaban de semillas, y la chica echó mano de su arco cuando las aves levantaron el vuelo. A pesar de su evidente inexperiencia como arquera, no todos sus tiros fallaron.

Lethe se alejó de la escena de trabajo y siguió el río, deteniéndose de vez en cuando, bastón en mano, para inspeccionar las colinas con sus poderes sensoriales. No obstante, si Lusta había estado a punto de abrir una puerta a algo de la oscuridad la pasada noche, ahora no lo percibía.

Aunque se mantuvo alerta, sus pensamientos volvieron a lo que la había llevado allí y el porqué. Estos retoños, estos hilos... Suya sería la tarea de plantar, de tejer. Apretó con fuerza el bastón. ¡Después de tantos años, tener de nuevo un propósito!

Lethe regresó a la fortificación a mediodía y se dirigió otra vez a la sala de recibimiento; permaneció inmóvil, con la mirada prendida en el fantasmal estandarte. Sus dedos se movieron como si tuviesen voluntad propia, sin dirección, siguiendo la pauta de una costumbre arraigada. Lentamente, la mujer giró sobre sí misma, recorriendo con la mirada la inmensa sala. Donde ahora había desolación, volvería a haber vida, sí.

En la cocina todo era bullicio y ajetreo. Hurten había abatido al becerro, que había sido desollado y troceado con escasa destreza; los pedazos estaban envueltos en el moteado pellejo. Recipientes hechos con corteza, e incluso con hojas grandes unidas con espinas, estaban llenos a rebosar de bayas, nueces y raíces comestibles que Lusta iba clasificando con ayuda de Alana. Marsila, por su parte, había traído una ristra de patos.

Hurten apareció de nuevo, acompañado por los gemelos, con sendas cargas de combustible. En esta ocasión no habían cogido la madera de los muebles de otras habitaciones, sino que traían brazadas de leña y ramaje roto por la tormenta, aunque tendrían que dejar que se secara.

Compartían el trabajo como si hubiesen hecho lo mismo muchas veces, y Lethe movió la cabeza en un gesto de asentimiento. A su manera, ya estaban unidos; eso le facilitaría la labor.

Un grito de sobresalto la sacó de tan gratificantes pensamientos. Alana se había apartado de la mesa.

-¿Dónde está Rober? Tyffan, ¿te siguió otra vez? ¿Dónde está? -No lo he visto. -Había una nota extraña en la voz del chico mayor-. ¿Qué quieres decir con que si me siguió? -Estaba enfadado, como si lo acusaran de haber hecho algo malo.

Lethe se puso en tensión. Ahora sí que había algo despertándose, algo hostil de la armonía antes reinante, que la había hecho confiarse. Orffa también daba señales de irritación.

-Ese pequeño latoso -rezongó-. Siempre rondando a escondidas y fisgoneando lo que no debe.

Alana se había enfrentado a Tyffan y en las palabras que le dirigió no sólo había temor, sino también cólera.

-Cuando nos adelantaste dijiste que ibas al estanque. Sabes que le encanta ir allí.

Te repito que no estaba conmigo. Tyffan sacudió la cabeza con énfasis.

Alana se volvió entonces hacia Orffa.

Tú estuviste cazando en la colina. Tienes que haberlo visto.

-No, no vi al niñato. Siempre se está metiendo en líos. ¡Lo mejor que puedes hacer es llevarlo atado a ti y así dejará de dar la lata, mierda de niño!

-¡Cuida tu lenguaje! -reprendió Marsila a su hermano-. Si Rober fue al estanque...

Alana lanzó un grito angustiado y corrió hacia la puerta. Marsila iba pisándole los talones. Sonó un golpazo sobre la mesa: Lusta había dejado caer uno de los cuencos de metal. Hurten cogió a Orffa por los hombros y lo hizo volverse de cara a él con un brusco tirón.

-Ese estanque es muy profundo, Orffa. Y aquí no hay ningún «mierda de niño». ¡No vuelvas a utilizar palabras sucias!

Orffa tenía el rostro congestionado; se sacudió de encima las manos del otro.

-¡No vi al niñato!

Lethe se estremeció. No había bajado la guardia... Tendría que haber percibido la presencia del mal en el valle esta mañana si hubiese estado acechando por los alrededores. El ambiente placentero de hacía sólo unos instantes había saltado hecho añicos, como si ella misma lo hubiese hecho desaparecer.

¿Lusta? Su don; eso era comprensible. ¿Rober? Lethe no había percibido poder en él, pero era tan pequeño que, a su edad, apenas contaba con defensas naturales. ¡Rober!

No estaba en el estanque, no. Lo que se pretendía de Rober no era hacerle daño a él, sino hacerlo a través de él. Y lo que se perseguía debía encontrarse entre estas paredes.

-¡Estúpido! -insultó Hurten a Orffa.

La mano del chico más joven voló hacia la empuñadura de su espada. Los gemelos se acercaron a los contendientes, y Tyffan rodeó la mesa para unirse a los hermanos. Lusta se llevó las manos a las pálidas mejillas.

-¡Ten cuidado con lo que dices! -gritó Orffa-. ¡No te hagas el gran señor conmigo! No sé adónde fue el niñato...

-Vino aquí -dijo Truas-. Lo vi en el puente. Orffa se volvió hacia él con los dientes apretados.

-¿Por qué no lo dijiste antes, zoquete? ¿O es que tienes tan embotada la mollera con esa sucia lana de ovejas que no se te ocurrió?

-Eh, un momento. Tristy salió en defensa de su hermano. Toda

vía tenía el cuchillo ensangrentado que había estado utilizando en la pieza cobrada por Hurten-. ¿Qué te pasa, Orffa?

-¿Orffa? -El chico pronunció su propio nombre casi como una amenaza-. ¿Quién te crees que eres, pastor, para tratarme con tanta familiaridad? Desciendo del linaje de Ruran, que fue señor...

-Basta! -El cayado de Lethe se interpuso entre los muchachos. Los ojos entrecerrados de la mujer fueron de un rostro iracundo a otro-. Viste a Rober venir hacia aquí, ¿no? Busquémoslo, pues.

Ya fuera por el tono de su voz o por alguna influencia del bastón, lo cierto es que los muchachos se unieron de nuevo... temporalmente.

-De acuerdo, lo buscaremos -aceptó Hurten.

-Quizá no tengamos que ir muy lejos. -Lethe llamó a Lusta con un ademán y le preguntó-: ¿Cuál de esos cestos con nueces es el que llenó Rober?

Lusta se estremeció y escondió las manos tras la espalda.

-¡No! ¡No! -Sacudió la cabeza a derecha e izquierda, como un animalillo dominado por el pánico.

-¡Sí! -La orden no admitía réplica.

El brazo derecho de Lusta se movió hacia adelante; sus dedos estaban tan crispados que parecían garras. La chica miraba fijamente la serie de productos recolectados por la mañana, con los ojos agrandados por el miedo. Su mano se movió y se detuvo sobre uno de los cestos. Al instante, Lethe levantó el bastón y tocó el burdo recipiente.

Había acaparado toda la atención de los chicos, que habían olvidado por completo su disputa. Lethe sostenía el bastón sin apretarlo, a fin de permitir que se balanceara a su libre albedrío. Se dirigió en la dirección apuntada, seguida de cerca por los demás.

Llegaron a la sala de recibimiento, ante la pared del cuarto oculto. Había sido una estúpida al subestimar aquel otro poder. La escena que había montado Rober a primera hora... ¿Cómo había estado tan ciega? Puso todo su empeño en rastrear, en saber...

Tenéis que estar todos aquí. Traed a Marsila y Alana.

Ni siquiera miró para comprobar que la obedecían, pero escuchó el roce de botas desgastadas sobre el piso de la sala.

-Señora... -Lusta se había acercado a ella-. Señora, me temo que no puedo... No sé qué esperáis que haga.

Tampoco yo sé todavía lo que será preciso hacer, criatura. En cuanto a poder o no poder, Lusta, eso tendrá que esperar hasta ver qué pasa. Libró una lucha consigo misma para olvidar todas esas vidas que había a su alrededor y pensar sólo en los términos de su arma; no espada ni hacha, lanza ni arco: únicamente lo que era en sí misma. Del mismo modo que tejía vida, así debía ahora tejer otra clase de urdimbre, una que fuera al mismo tiempo defensa y señuelo.

-¡Rober! Oh, por favor.

-Alguien le tiró del brazo-. ¿Está de verdad mi hermano aquí?

Lethe echó un rápido vistazo en derredor. No sólo estaba Alana, sino todos los demás. Empezó a entonar una cantinela; las palabras salían de sus labios con poca fluidez, como si hubiese pasado mucho tiempo sin que hubieran sido utilizadas y se hubiesen quedado tan oxidadas como una armadura descuidada. La puerta oculta se abrió de nuevo.

A su alrededor la luz de los globos perdió intensidad, como si algo la absorbiera.

Lethe alargó presta el brazo para agarrar a Alana, que se habría precipitado en el cuarto sin pensarlo dos veces.

-¡Rober! -gritó la muchacha, pero su voz sonó apagada, y Lethe se alegró de ello.

La luz del bastón centelleó. En la armería, una sombra salió de repente de las sombras, y la luz se reflejó en una cuchilla desnuda. El arma de Lethe se interpuso entre su cuerpo y el golpe destinado a alcanzarla. Rober se agazapó. Su rostro no era el de un niño. Lo que había entrado en él le había moldeado los rasgos y asomaba ardiente en sus ojos.

El bastón se movió, apuntando hacia él. Saltaron chispas que formaron una lengua de luz, pero fue rechazada y doblada sobre sí misma antes de alcanzar al niño.

-¡Uníos! -La otra mano de Lethe se movió al tiempo que su voz se alzaba sobre los dementes alaridos de la pequeña figura que tenía ante sí. La saliva le escurría entre los labios. Una horrenda inteligencia ponía una expresión grotesca y ceñuda en sus ojos.

»¡Uníos! -Su mano tendida se apretaba crispada; entonces sintió una oleada de energía, seguida por una segunda y una tercera: la que los había reunido al principio y aún seguía vigente.

El bastón se calentó. El hilo de luz sólida que salía del niño se acortaba más y más.

-¡Eres Rober! -Lethe recurrió al poder que hay en los nombres-. Eres parte de este grupo. ¡Eres Rober!

Los pequeños labios se tensaron con una mueca burlona.

-¡Soy Fratch!

Lethe estaba preparada, y el nombre del contrincante no la sorprendió. Al igual que había tejedores entre los suyos, también había habido destructores. Pero eso había sido hacía mucho tiempo, y lo que destruye nunca crece si no se alimenta. ¿Habían sido los invasores quienes habían sustentado a éste hasta despertarlo?

-¡Eres Rober!

Buscó el Toque para tantear, para separar una personalidad de la otra. La leve lanza de luz estaba ahora a menos de dos centímetros del desfigurado niño.

-¡Rober! -Esta vez era una llamada, una invocación. Al mismo tiempo absorbió más de la energía que le proporcionaban los otros.

La luz rozó la frente del niño. Sus rasgos se crisparon; lanzó un grito, un alarido que ningún humano habría articulado. Después... fue como si algo que hubiese estado confinado en un reducto demasiado pequeño irrumpiera bruscamente hacia afuera.

Rober se desplomó como una gavilla segada. Sobre su cuerpo se estremecía un borrón de niebla en el que se clavaba la lanza de luz. Entonces la niebla giró en espirales sobre sí misma, condensándose, hasta quedar reducida a un punto gris que el rayo luminoso diluyó en nada.

-¡Rober! -Alana se arrojó sobre su hermano y lo estrechó en sus brazos, envolviéndolo con su propio cuerpo, como para protegerlo contra todo mal.

-¿Qué..., qué ha pasado, señora? -preguntó Tyffan con la voz algo ronca.

-Esa era una sombra de algo que debió haber muerto mucho tiempo atrás. -Lethe intentó dar un paso y se tambaleó.

Unos brazos jóvenes y fuertes la rodearon; eran los de Hurten y Marsila.

-Una sombra de voluntad. Primero intentó introducirse en Lusta, pues su don significaba poder. Después se volvió hacia Rober porque es demasiado joven para haber desarrollado las defensas que se adquieren al paso de la vida.

»Fratch, antaño Styreon... -se dirigió al espacio vacío, antes ocupado por la niebla-, siempre codiciaste lo que no era tuyo... ¡y que nunca lo será!

Abandonaron la armería; Orffa llevaba a Rober, que yacía inerte en sus brazos, y Alana parecía aceptar de buen grado la ayuda del muchacho. Marsila y Hurten sostuvieron a Lethe mientras caminaba, con el extremo del bastón arrastrando por el suelo, aunque no lo soltó de su mano.

Llegaron ante la mesa sobre la que estaba extendido el estandarte. Ahora estaba claro lo que tenía que hacerse, y cuanto antes se hiciera, mejor.

-Este es el principio -le dijo a Lusta-. Hermana, toma tu daga, la que salió de la gran forja, no del mortífero hierro, y corta un mechón de pelo a cada uno de tus compañeros de sangre.

No hicieron preguntas y se sometieron a la daga de Lusta. Por primera vez, Lethe soltó su bastón. De la bolsita que colgaba de su cinturón sacó una aguja larga, que brilló como oro bajo la luz. La enhebró con unos cabellos y se dispuso a tejerlos entre la urdimbre del estandarte como quien zurce algo antiguo y valioso. Hizo lo mismo una y otra vez, bajo la atenta mirada de los muchachos, y con cada mechón nuevo repitió el nombre de él o ella, a quien había pertenecido, creando así un canto.

De esta suerte Lethe trabajó un rato en el que el tiempo pareció detenerse, pues nadie hablaba ni se movía; sólo observaban. Cuando terminó, tenían ante sí un estandarte de oro plateado en el que los dibujos se creaban, cambiaban, se reformaban y crecían, aún más resistentes. Lethe guardó la aguja.

-Uno es la combinación de muchos, del mismo modo en que os unisteis para escapar de la muerte, y como me disteis vuestra fuerza para librar a Rober. En verdad, sois uno.

»Pero de esta única urdimbre surgirá mucho, que será motivo de gozo... Y el tiempo le dará la bienvenida. A ello y a vosotros.

Se cuenta que en los tiempos de desolación, cuando los kasatis dejaron la tierra completamente arrasada y una casta de bárbaros levantó un templo a la oscuridad, surgió una compañía de los montes septentrionales, que cabalgaba bajo un estandarte con nueve barras doradas. Sus portadores era de una estirpe de leyenda, y lucharon con denuedo para gloria de tierra y aire, agua y fuego, hasta dejar a la oscuridad totalmente cegada con su luz.

Librodot